







87-18(5)

21  
B

2

Biblioteca de "El Pensamiento Gallego" 3

---

EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

---

BURGUESES

Y

**PROLETARIOS**



SANTIAGO

TIPOGRAFÍA GALAICA

1898

M. 15943

R. 16159

EL ABSTOLADO DE LA PRENSA

BURGUESES

PROLETARIOS

ALFONSO  
MARTÍN  
1902



## BURGUESES Y PROLETARIOS

---

### I

#### ¡Todos ricos!

Des socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl visitaban semanalmente á un zapatero semi-ilustrado que, procedente de Barcelona, acababa de instalarse sobre el cuarto piso de una casa de aquella parroquia, en miserable sotabanco. Padecía el pobre socorrido una *mielitis* crónica que no le permitía trabajar ni encorvarse, ni permanecer de pié, ni moverse con holgura; pero tenía faz colorada y risueña, ojos vivos y aspecto sano, en una palabra.

Los socios de San Vicente de Paúl comenzaron por darle el socorro material, sin meterse en más honduras; pasaron luego á informarse cariñosamente de su salud, y terminaron adquiriendo algún ascendiente sobre el zapatero y su mujer, que les autorizó para emprender la conquista de aquellas pobrecitas almas, más por ignorancia que por malicia, alejadas de Cristo, y presas por conveniencia de su triste posición en las redes del socialismo anárquico.

El más viejo de los socios se llamaba D. Vicente; Juanito el más joven; Crispín el Zapatero, y Manuela su mujer, y los diálogos y conferencias que tuvieron lugar entre los cuatro personajes dichos, entre el zapatero y

D. Vicente sobre todo, merecen publicarse, y eran del tenor siguiente:

—Vamos, Crispín, que hoy tiene usted unos colores que dan envidia: nadie dirá, al verle, que está usted enfermo, y esto es indicio de que viene la mejoría poco á poco.

—Nada de eso, D. Vicente. Me arde la cara de indignación.

—¿Y por qué, amigo mío, si puede saberse?

—Porque acabo de leer en *El Anarquista* lo siguiente:

«La fortuna de Rothschild, dice un periódico inglés, se calcula en 350 millones de libras esterlinas, ó sean 6 millares 250 millones de francos. Si esta fabulosa suma se convirtiera toda en piezas de un franco, y si estas piezas se colocaran en línea, una junto á otra, la línea en cuestión podría dar cuatro veces la vuelta á la Tierra por el Ecuador. Convertida en piezas de oro de 10 francos, la línea podría dar nueve veces la vuelta á las fronteras de Bélgica.

»Si se redujera á monedas de oro de 25 francos, la suma pesaría dos millones diez y seis mil kilos. Por último, si la fortuna de los Rothschild se convirtiera en piezas de 5 francos, y con ellas se formara una pila, la altura de la pila mediría 3.125.000 metros, ó 3.125 kilómetros, ó 625 leguas; y si se querían formar varias pilas, podrían ponerse en fila 10.416, todas y cada una tan altas como la torre Eiffel.

«Huelgan los comentarios. Mientras tales escándalos tolera y hasta produce la presente organización social, hay millares de obreros, hermanos nuestros, que, ni aún matándose á trabajar día y noche, ganan lo suficiente para no perecer de hambre. ¡Abajo el monopolio! ¡Mueran los ricos!»

—Pues mire usted, Crispín, Rothschild es *judío*,—observó Juanito.

—Para mí todos son unos ladrones.

—Cálmese usted, amigo Crispín; cálmese usted, y se



convencerá de que entre los ricos pasa exactamente lo mismo que con los pobres. Hay pobres honradísimos, incapaces de tomar un alfiler sin permiso de su legítimo dueño, obedientes, sumisos, resignados hasta el sacrificio, temerosos de Dios, caritativos y hasta piadosos; unos santos, en fin, que ocupan alto puesto en los altares como Lázaro, el que pedía limosna en la puerta del rico Epulón, y San Benito Labre, el mendigo, que fué canonizado hace poco. Pero también hay ricos buenos, verdaderos pobres de espíritu que invierten sus caudales en continuas obras de piedad y de misericordia.

—¡Qué pocos, D. Vicente, qué pocos! (exclamó la zapatera). La mayor parte pasan la vida regodeándose, é insultando á los *probes* como nosotros. ¡Bandidos..... canallas....!

—Vaya, vaya, Manuela, que se le ha calentado á usted la boca, y la ira es muy mala consejera.

—No me negará usted, D. Vicente (añadió Crispín), que esto no puede continuar así; que eso de que haya unos tan ricos, como ese judío maldito, que decíamos antes, y otros tan pobres como nosotros, es un escándalo, y que la igualdad de fortunas se impone, sí, señores, se impone, y á ella caminamos á buenas ó á malas, aunque ustedes no quieran.

—A nosotros nos tiene completamente sin cuidado, amigo Crispín, porque somos casi tan pobres como usted, y á duras penas vivimos de nuestro trabajo; pero eso de la *igualdad de fortunas* es un absurdo impracticable.

—¡Cómo impracticable! Pues nada más sencillo. Con repartir entre los pobres mucho que les sobra á los ricos, estábamos al cabo de la calle.

—¿Sí? Pues verá usted cómo no; y para que se convengan ustedes de lo absurdo del remedio, contaré una anecdotilla referente á ese capitalista judío, cuya colossal riqueza ha escandalizado á ustedes tanto. Cuentan que, durante una de tantas revoluciones ó motines calle-

jeros por que ha pasado París, cuatro partidarios de la liquidación social, más atrevidos que sus compañeros, asaltaron el despacho de Rothschild y le dijeron:—Eh, ciudadano, ha llegado el día de que repartas cuanto tienes entre tus hermanos, porque aquí no hay ya más Dios ni más Santa María, que *Libertad, Igualdad y Fraternidad*; con que, ¡al avío! abre la caja y entrégnos lo que nos pertenece.—No me opongo (contestó el ladino judío); antes bien, encuentro justo y conveniente vuestros deseos: ¿qué capital me suponéis vosotros?—Todos los periódicos lo han dicho: unos 6.250 millones de francos.—Paso por ello: ¿y cuántos serán los habitantes del globo?—Unos 2.000 millones.—Tampoco discuto la cifra: pues bien, 6.250 millones de francos repartidos entre 2.000 millones de hombres, tocan á tres francos con veinticinco céntimos; pero os daré cuatro á cada uno. Y uniendo la acción á la palabra entregó *cuatro pesetas* á cada anarquista, y, más corridos que una mona se marcharon por donde habían venido.

—¿Y las tomaron?

—¡Qué habían de hacer después de haber reclamado su parte!

—¡Miserables! Primero debían de heberle arrancado la lengua, para después de saquearle la casa.

—Pero, convenga usted conmigo, Crispín de mi alma, en que eso no hubiese sido repartir *por igual* los dineros de Rothschild, sino asesinarle y robarle; y es que la igualdad de riqueza es un despropósito.

—Pues no lo veo yo así, D. Vicente, y usted perdone, porque cuatro de éste, tres de aquél, dos del de más allá, y uno, medio ó nada, vamos al decir, de cada quisque, quedaríamos todos iguales, sin que tuviéramos que humillarnos los pobres á pedir una limosna á los ricos.

—Pero, hombre de Dios, con eso no lograría usted sino que todos, absolutamente todos, fuésemos pobres; porque reparta usted la riqueza toda del mundo entre sus habitantes todos con igualdad matemática, y verá

usted como ni siquiera nos toca para hacer cantar á un ciego.

—Otro gallo nos cantaría entonces, digo yo, bendito D. Vicente.

—Pero es que el reparto es imposible.

—Hágame usted Gobierno, y verá si es imposible: en seguida se quedaban los ricos sin una peseta.

—¿Para entregárselas á quién?

—¡Toma! Pues á mis amigos los pobres.

—Invertiría usted los papeles, y éstos pasarían á ser ricos y aquéllos comenzarían á ser pobres; pero tendríamos siempre la desigualdad, es decir, pobres y ricos á la vez. Más le digo á usted: si fuese posible hacer equitativamente ese reparto, que no lo es, no duraba ni cinco minutos. Porque es claro como la luz del medio día: unos hombres son trabajadores, económicos, amigos del ahorro, inteligentes, sobrios, frugales, modestos y robustos, y naturalmente, esos tales, en vez de derrocharlo, aumentarían poco á poco su pequeña parte, hasta convertirse en verdaderos capitalistas; y otros, por el contrario, son holgazanes, malgastadores, necios, glotonos, borrachos, jugadores, enclenques y enfermizos; de manera que su parte volaría al momento, se empeñarían en seguida, y concluirían por ser unos pobretones miserables. Mire usted si no cómo ajusta las cuentas un autor contemporáneo.

—Ya, pero las ajustará á su modo.

«Supongamos, dice este autor, que un día por especial permisión de Dios, llegan á encaramarse en el poder algunos de estos amigos tuyos y de lo ajeno, supongamos que sólo por el deseo de favorecerte á tí emprenden la nivelación universal por medio de un reparto matemático de todos los bienes. Supongamos que se averigua escrupulosamente el número de ciudadanos que viven en una provincia, la de Barcelona por ejemplo, y el valor de los bienes muebles é inmuebles que radican en ella, sin excluir los valores representados en papel alha-



jas, objetos artísticos, etc. Un orador de un club barcelonés se tomó la pena de echar sobre esto un cálculo, que supongo que tendría únicamente pretensiones de aproximado, y halló que le tocarían á cada ciudadano barcelonés unos veinte mil duros como veinte mil soles, sonantes y contantes, redondos y limpios de polvo y paja. Supongamos que, resuelto de este modo el cálculo, empieza la distribuci6n, y recibe cada cual sus veinte mil duros, y como por arte de encantamiento quedamos todos, y yo también, convertidos en respetables capitalistas. Escúchame bien por Dios, que ahí entra lo bueno. Quedamos todos iguales en aquel primer instante. Un momento después empiezo á seguir la pista á cada uno de aquellos lotes de veinte mil duros. No quiero seguirsela á todos, que fuera éste como el cuento de las cabras de Sancho, que nunca acabó. Mi investigaci6n se fijará únicamente en cuatro de los afortunados propietarios, á quien llamaré con los nombres de Pedro, Juan, Pablo y Antonio. Sígueme en este examen de vidas ajenas, que será curioso.

»Pedro es un avaro de los que recatan su dinero hasta la luz del sol, soltero, sin vicios, no por aptitud, sino porque cuestan cuartos; sin virtudes, porque estas mandan soltarlos alguna vez; sin necesidades, porque el infeliz se priva de todo. Una mala bohardilla ó un obscuro entresuelo, un zoquete de pan y la última ración de una fonda, he aquí sus gastos. El miserable recibe sus veinte mil duros, envuélvelos en su capa raída, busca ansioso el lugar más disimulado de su habitaci6n, sepúltalos allí, y séales la tierra ligera.

»Juan es un infeliz, cuya casa parece un hospital. Padre de familia, tiénela á toda ella rendida bajo el peso de graves enfermedades. La esposa, mujer de bien, apoplética hace tres años; la hija mayor, tísica en segundo grado; los demás cada uno con su calamidad á cuestras. Juan es el único sano en la familia. Recibe los veinte mil duros, paga sus deudas, que son muchas, al médico, á

la botica, etc.; alquila nueva habitación con mejores luces y aires más puros; sale en verano al campo y á los establecimientos balnearios; gasta y derrocha para devolver á fuerza de oro la salud á las prendas de sus entrañas. Los veinte mil duros disminuyen con una rapidez espantosa. ¿Qué será de ellos dentro de poco tiempo?

»Pablo es un tronera de marca mayor. La historia de sus veinte mil duros es muy sencilla, y cabe en una hoja de papel de fumar. Recibiólos, entróse en el café de la esquina, púsolos en diferentes partidas sobre una carta, ganó muchas veces, y llegó á verlos triplicados. Su codicia le engañó. Aventura de una vez toda la suma en una apuesta, y la pierde. Sálese del caté sin temor á que le roben los ladrones, y duda entre dispararse un tiro, ó echarse al mar, ó colgarse de una viga.

»Antonio es un honrado menestral que soñó siempre con tener veinte mil duros á su disposición para emplearlos en buenos negocios. Es listo, y no se duerme en las pajas. Realiza grandes compras, y algunos días después logra ventajosas ventas. Va agrandando cada día el círculo de sus operaciones, economiza, medita sus planes, adquiere por su probidad la confianza pública, llega á ser rey del mercado, es millonario.

»Basta de suposiciones, y vengamos á la moraleja. Igual cantidad entregada á cuatro individuos, no ha podido hacerles iguales. ¿Podrá hacer iguales á cuatro mil, ó á cuatrocientos mil, ó á cuatro millones? Antonio, Pablo, Juan y Pedro fueron iguales un solo momento, el de la distribución. Un momento después, Pedro, Juan, Pablo y Antonio quedaban desnivelados, el uno por su avaricia, el otro por sus desgracias, el otro por sus calaveradas, el último por su actividad. ¿Hay teoría alguna que pueda impedir este resultado? No, porque no hay teoría alguna que pueda hacer iguales á los hombres. Luego tampoco hay teoría alguna que pueda hacer iguales sus fortunas. Una liquidación general como se dice; un reparto exacto, como sueñan algunos, sólo lo-

grará que cambien de manos la riqueza y la pobreza. Serán otros los pobres y otros los ricos. Pero, á despecho de todos los reformadores, el resultado será siempre como lo ha ordenado Dios. Habrá ricos y habrá pobres. Cualquiera nueva organización social sería impotente para borrar esta desigualdad indispensable. Es un mal necesario en el linaje humano después del pecado de Adán. No hay más remedio con que extirparlo.

## II

### ¿Si seremos todos iguales?

La desigualdad, pues (prosiguió D. Vicente), de bienes ó de fortunas, es tan natural y tan humana como las demás desigualdades existentes entre los hombres: Cuando dicen los socialistas que todos somos *iguales*, y tenemos *igual* derecho á la riqueza, á los honores, á los placeres, etc., confunden al hombre *abstracto*, considerado en general, con el hombre *concreto*, esto es, con cada hombre particularmente considerado.

Claro que todos somos iguales, porque todos somos hombres, todos somos animales racionales, todos constamos de alma y cuerpo, todos nacemos y morimos, todos sentimos, pensamos y queremos; y la doctrina católica, que es la que mejor ha entendido y explicado la igualdad humana, añade: todos somos hijos del mismo Padre celestial, que está en los cielos; todos hemos sido redimidos del pecado por medio de la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, derramada en el árbol santo de la cruz, y á todos nos espera un cielo de eterna ventura ó un infierno de desventura eterna, según que seamos buenos ó malos, y nos coja la muerte en gracia ó en pecado mortal. Pero todo esto se refiere al hombre *específicamente* considerado, hombre lo mismo que mujer, joven ó viejo, sabio ó ignorante; porque si se trata del hombre *individualmente* considerado, en concreto, de



cada hombre en particular, ¿quien estando en su sano juicio, se atrevería á sostener que *todos somos iguales*? ¿No es verdad, Juanito?

—Habla usted como un libro, amigo D. Vicente, y á este propós to recuerdo haber leído, no sé dónde, poco más ó menos lo que sigue. El hijo no nace igual á su padre ni en derecho, ni de hecho; antes al contrario, ¡cómo difieren en cuanto al cuerpo lo mismo que respecto á la razón! De estas diferencias resultan para el padre el derecho de proteger y dirigir á ser tan débil como su hijo, y para el hijo el *deber* de obedecer y de dejarse conducir, dirigir y proteger por su padre. De manera que ni siquiera es cierto que los hombres todos sean iguales ante la ley ó en derechos, como han dado en repetir los partidarios absolutos de la igualdad á todo trance.

—Muy bien dicho, Juanito; pero hay más todavía. No solamente dos niños nacidos en el mismo día no nacen iguales, sino que tampoco permanecerán iguales. El uno está sano y robusto, el otro débil y enfermizo. Este nace dotado de una inteligencia viva y penetrante, de un carácter enérgico y resuelto; aquel parece incapaz de querer y decidirse. El primero, no obstante vuestros principios, amigo Crispín, mandará; el segundo, á pesar de vuestras excitaciones, no sabrá nunca más que obedecer. El uno nace hijo de un millonario ó de un rey, y el otro hijo de un mendigo, de donde el derecho indubitable del primero á heredar un millón ó un reino, mientras la herencia en perspectiva del segundo se reduce á la indigencia que rodea su cuna.

—Precisamente esas injusticias queremos evitar nosotros. Puesto que todos nacen de mujer, que todos vengán al mundo con el mismo caudal.

—Ciertamente, todos nacen de mujer, amigo Crispín; pero de la misma manera que no hay dos huevos ni dos gotas de agua enteramente iguales, aunque te mates tampoco encontrarás dos hombres ni físicos, ni intelectual, ni moralmente iguales. Altos y bajos, gordos y fla-

cos, sanos y enfermos, feos y hermosos, robustos y débiles, en el orden físico; sabios é ignorantes, discretos y tontos, de talento é imbéciles, con gran memoria y desmemoriados, en el orden intelectual; y virtuosos y viciosos, santos y criminales, honrados y sin vergüenza, en el orden moral; tales y otras mil son las diferencias características que distinguen particularmente á los hombres entre sí, sin que además se encuentre ninguna de ellas desarrollada en todos los hombres idénticamente. Desengáñese usted amigo Crispín; la igualdad es una quimera y la desigualdad un hecho, lima contra la que se destrozarán siempre los dientes del envidioso.

—Yo á nadie envidio; pero quisiera justicia seca para todos.

—Pues bien, Crispín, lo natural, lo humano, lo justo, es, ha sido y será siempre, que á la desigualdad de la fuerza, del talento, del carácter, del trabajo y del éxito, corresponda necesariamente la desigualdad siempre en aumento de la fortuna, de la influencia, del mérito, de la ciencia y de la virtud (1).

—¿Y por qué de la fortuna?

—Por la concluyente razón de que la riqueza es producto del trabajo, el capital hijo del ahorro; el trabajo y ahorro no son más que aplicaciones de las facultades humanas. Si éstas, en su desarrollo por lo menos, son desiguales, desigual tiene que ser la riqueza ó fortuna de cada uno.

—No hay que darle vueltas, amigo Crispín (dijo Juanito levantándose y como poniendo fin á la conferencia); «siempre tendréis pobres entre vosotros», dijo nuestro Señor Jesucristo, y «el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará».

—Al menos mientras yo viva no se acabarán los pobres,—contestó el desgraciado artesano, haciendo es-

---

(1) Véase el folleto de Boylesve titulado «Los tres» 89.

fuerzos para incorporarse, á fin de despedir á sus bienhechores.

—Quieto, quieto. ¡No faltaba más! Hasta la semana que viene.

—Vayan ustedes con Dios, y muchas gracias por la compañía y por el buen rato.

### III

#### No es lo mismo predicar que dar trigo.

D. Vicente y Juanito presentáronse para su visita semanal en casa del zapatero, y comenzaron á subir aquella escalera estrecha, oscura y sin fin.

—Pase usted delante, D. Vicente, y así regulará usted el paso.

—Gracias Juanito: privilegios de la vejez; pero no olvide usted lo que dicen en Italia: *pian piano si va lontano e si va sano*.

—Poco á poco se va lejos y con salud.

—Efectivamente.

Llegados al desván de la casa, cruzaron largo, estrecho y sucio corredor, y encontrando abierta la puerta del sotabanco, se colaron en él doblando el cuerpo y diciendo:

—Ave María Purísima.

—¡Quién va ahí!—preguntó alarmado el zapatero desde la alcoba, cuartocho separado del resto del sotabanco por un pingajo de percal que quería ser cortina.

—Los socios de San Vicente de Paúl, hermano.

—Tomen ustedes asiento y perdonen, pues solo no puedo levantarme.

—Le ayudaremos á usted.

—Entraron en la alcoba y vieron al pobre zapatero tendido sobre un jergón, á medio vestir, y rodeado de sucios trozos de manta. Le sacaron de aquel montón de inmundicia ayudándole á vestirse, y con precauciones



maternales trasladáronle á un sillón de pino sin pintar, que era el más lujoso mueble del sotabanco. El pobre anarquista no sabía cómo dar las gracias.

—Dispensen ustedes (decía el buen hombre), porque Manuela ha subido al terrado á recoger la ropa.

—¡Ladrona, más que ladrona, hija de mala madre; así se te hubiese *secao* la mano cuando robaste la camisa!

—¿Qué es eso?—preguntó D. Vicente.

Hecha una furia entró á la vez Manuela en el sotabanco; se avergonzó de que la hubiesen oído los señores de la Conferencia, pero tuvo que contarles la causa de sus iracundos apóstrofes, diciendo:

—Pues ná, que ese infeliz no tiene más que dos camisas malas, quita y pon; así es que mientras lleva una lavo la otra. La colgué, para que se secara, en el terrao, y una vecina más ladrona que Caco, me la ha robao.

—¡Canalla, chupa-lámparas! (exclamó Crispín). El día que la tropiece en el corredor, la retuerzo el pezcuezo como á una gallina.

—Vamos; cálmense ustedes (dijo D. Vicente), que la Conferencia les dará otra camisa mejor que la robada. Pero, amigo Crispín, lo que más me choca es que siendo usted, como verdadero anarquista, enemigo de la propiedad privada, se indigne usted tanto porque han atentado contra la propiedad de usted, robándole una camisa.

—Yo le diré á usted, D. Vicente; es que, hoy por hoy, no tenía otra para poderme mudar; y montada tan mal como está la sociedad, en vano hubiese acudido al Estado ó al Ayuntamiento para que me diese otra.

—De manera que, aunque en la práctica no, en teoría es usted enemigo de la propiedad. Tan palmaria contradicción no es de usted solo. Durante la revolución del 68 se presentó un anarquista práctico á la junta revolucionaria de un pueblo de Andalucía pretendiendo que le adjudicasen una hermosa finca de cierto Marqués, colindante con un trozo de tierra suyo; porque así (decía

el infeliz) *se redondeaba*. El presidente, que era un guason de primera, le dijo:—¡Ay, ciudadano, cuánto lo siento! Has venido tarde, porque hace poco estuvo aquí el Marqués con la misma pretensión, y le adjudicamos tu pedazo de tierra para que aquél *redondease* su finca.— ¡Canallas, pillos, ladrones! (exclamó el anarquista indignado). ¿Quién es el Marqués, ni ustedes, para robarme de esa manera lo que es mío, muy mío, y ha pertenecido siempre legítimamente á mi familia?—Hombre, pues por la boca muere el pez, porque nosotros hemos hecho con usted lo mismo, exactamente lo mismo que usted quería hacer con el Marqués.—El cándido labrador salió de la junta pesaroso y cariacontecido.

#### IV

#### Si la propiedad es el robo.

Precisamente porque era un *memo*, como usted ha dicho: no sabía el majadero que el sabio Proudhon dijo ya hace años que *la propiedad es el robo*, y que la justicia que protege el libre y pacífico uso de la propiedad es *infame*. Y en el periódico de ayer, sin ir más lejos, citaban un hermoso pasaje de Rousseau, sobre lo mismo; aquí lo tiene usted, D. Vicente; léalo usted.

—Dice Rousseau en su *discurso sobre la desigualdad de las condiciones*: «El primero que, habiendo cercado un terreno tuvo la osadía de decir *esto es mío*, y encontró gentes bastantes sencillas para creerlo, fué, sin disputa, el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Qué de crímenes, de guerras y homicidios, cuántas miserias y horrores hubiese ahorrado al género humano el que arrancando las estacas ó cerrando el foso, hubiera gritado á sus semejantes: Guardaos de escuchar á ese impostor: sois perdidos si olvidáis que *los frutos son de todos, y que la tierra no pertenece á nadie.*»

—¿Que le parece á usted, D. Vicente?

-Muy mal, puro desatino.

-¡Hombre, si Rousseau es un sabio!

-¡Que sabio, ni que calabazas! Poetastro de la sociología, simple *ideólogo*. La propiedad (le digo yo á Proudhon) no es el robo, sino el pan de cada día, y encarándome con Rousseau añadido: la propiedad es tan natural, tan justa y tan beneficiosa, que si en vez de cegar el foso ó de arrancar las estacas que sirvieron de lindes á la primera finca cercada y cultivada que hubo en el mundo, todos hubiesen imitado la conducta del primer propietario, trabajando y ahorrando de firme, ya no habría salvajes en la tierra, ni proletarios casi, y si me apura usted mucho, ni cuestión social tampoco.

-No armaría usted mal lío para probarlo, amigo D. Vicente.

-Es la cosa más clara del mundo, Crispín.

-Veamos (dijo Juanito), que también yo aprendo mucho oyendo á D. Vicente.

-No se funda la propiedad en la ocupación, como decían los juriconsultos romanos; ni en la convención ó pacto, expreso ó tácito, como opinaban Grocio, Puffendorf, Rousseau y sus secuaces; ni tampoco en la ley eivil, que la da y la quita á voluntad, como sostenían Montesquien, Bentham, Hobbes, Mirabeau y otros; ni siquiera en el trabajo personal, que es la teoría más *justa* y seductora, sino en la misma naturaleza humana.

En virtud de esta, es decir, por cuanto el hombre es naturalmente racional, libre y sociable, resulta capaz de derechos, es decir, *sujeto*, en tanto que los brutos únicamente pueden ser *objeto* de derechos. Y tan cierto es que todas las cosas *apropiables* han sido creadas para nuestro servicio, y á fin de que satisfagamos con ellas nuestras necesidades, que en virtud de nuestra propia personalidad, y no por ninguna otra razón extrínseca, es decir, sólo por cuanto somos hombres, tenemos derecho incontestable á *apropiarnos* el aire para respirar, á *apropiarnos* los manjares para reparar nuestras fuerzas y



vivir, á *apropiarnos* los vestidos para cubrir nuestra desnudez, á *apropiarnos* el uso de la casa que habitamos para que nos preserve de las inclemencias atmosféricas y á *apropiarnos*, en suma, los productos de nuestras facultades todas para que queden naturalmente satisfechas.

La propiedad no es, pues, el robo y la injusticia, sino el pan nuestro de cada día; un derecho tan justo y una condición tan humana como la racionalidad, la religión, la sociabilidad y la palabra. Sin *apropiarnos* todo cuanto sea indispensable para satisfacer nuestras necesidades naturales, imposible la vida.

—Precisamente, D. Vicente: nosotros no combatimos la propiedad colectiva, sino la individual, la privada, porque como decía en Barcelona uno de mis compañeros que sabe más que Merlín, «todos tenemos derecho á un cubierto en el banquete de la vida, y no es tolerable ni justo que nosotros ayunemos y hasta perezcamos de hambre, mientras los burgueses banquetean y se revuelcan en toda clase de placeres».

—No seré yo, amigo Crispín, quien aplauda los banquetes, festines y desenfrenos sensuales de esos modernos Epulones, los capitalistas burgueses, que tal vez tratan mejor á sus perros y caballo que á los pobres Lázaros, mendicantes de las migajas de su mesa, pero no confundamos derechos con derechos.

Todos tenemos derecho al indispensable alimento para no perecer de hambre, y en este caso hasta la moral más rigorista absuelve al que lo toma por su mano después de no haberlo obtenido por caridad; pero todos no tenemos derecho á banquetear, á ser capitalistas y propietarios. Cierto que los bienes externos materiales son por naturaleza *negativamente* comunes á todos los hombres (1), ó lo que es igual, todos los hombres tie-

---

(1) «Institutiones Ethicae et Juris naturae», por Coste Rossetti, página 334. Enipotente, 1883.

nen el derecho de apropiarse aquellos bienes que no pertenecen aún al dominio privado de particular alguno; pero es falso que dichos bienes sean *positivamente* comunes á todos los hombres, ó lo que es igual, que todos tengan perfecto derecho á apropiárselo privadamente, tanto por que la propiedad común positiva es irrealizable, cuanto porque, al efectuar la apropiación, dichos bienes han podido ya ser objeto de actos legítimos, como la ocupación, la accesión, el trabajo, etc., que dieren origen á dominio previo, contra el cual nada puede, ni intentarse en justicia.

—Algo turbio está todo ese galimatías para un artista como yo, D. Vicente; pero la injusticia la veo yo en que, pongo por caso, yo no tengo sobre qué caerme muerto, y á los ricos les sobra todo.

—Quiere decir, Crispín (observó Juanito), que de todas esas desigualdades injustas tiene la culpa la propiedad privada ó individual, no la colectiva ó del Estado, que repartiría por igual los productos de la riqueza pública.

—Justamente,—añadió el zapatero.

—Entendido; pero es que Crispín no se fija en que la riqueza privada no es más que una transformación del trabajo individual, y si los productos de este pertenecen legítimamente al trabajador, también aquélla.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?

## V

### **Cómo un zapatero sin ser ladrón, puede llegar á ser millonario.**

Muy sencillo: verá usted. Cosiendo y machacando durante dos ó tres días, hace usted un par de botas, que valen tres duros. ¿De quién serán esos sesenta reales?

—Míos, y muy míos. ¡De quién han de ser!

7 —Bueno; trabajando desde que amanece hasta que

anochece en la fabricación de botas y zapatos, viene usted á ganar un día con otro veinte reales; en comer y vestir no gastan ustedes más que diez, y ahorran otros diez todos los días, que al cabo del año son 3.650 reales. Supongamos que usted los pone á rédito, y al cabo de cinco años, ó antes, se encuentra usted con un capitalito de mil duros, con los cuales monta usted un taller de zapatería, en donde da usted jornal á varios aprendices del oficio. ¿De quién serán aquellos mil duros y aquel taller?

—Míos y muy míos. ¡de quién han der!

—¿Y por qué?

—Porque yo me los he ganado con el sudor de mi frente y con las privaciones para ahorrarlos.

—De manera que el trabajo incesante de usted y las continuas privaciones se han convertido en mil duros, y los mil duros en una fábrica de calzado. Pues bien; supongamos que la fábrica marcha viento en popa durante veinte años, y que sus rendimientos los va usted invirtiendo en comprar fincas, casas, papel del Estado, etc., etc., ¿De quién será toda esa riqueza privada, individual?

—¡Toms: mía y muy mía!

—Perfectamente: pero toda esa riqueza es de usted porque representa taleato, privaciones y trabajo propios de usted, y allí acumulados lentamente.

—Una duda se me ocurre: y las cosas que de suyo produce la tierra, y hasta el mismo suelo laborable, ¿de quién son?

—Ya lo hemos dicho antes: *negativamente* de todos, pero *positivamente* de aquel que natural ó legalmente las ocupa, las fecundiza con su trabajo, las mejora y las hace producir, en vez de espinas y abrojos, frutos abundantes y sazonados. De manera que las mismas leyes humanas y positivas encuentran fundada en la ley natural la división de bienes y la propiedad privada, que tiene además su sanción divina en aquel precepto del De-



cálogo que nos prohíbe hasta desear lo ajeno, cuando dice: *No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni campo, ni sierva, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que son tuyas (1)*.

—Qué quiere usted que le diga, D Vicente; pero se me antoja que todo eso podía cumplirse mejor con la propiedad colectiva que con la privada; porque mire usted que tiene bemoles que los millonarios se den esa vida que clama al cielo, mientras millares y millares de familias parecemos de hambre ó vivimos de la caridad pública.

—Pues mire usted, Crispín, lo mismo, exactamente lo mismo, sucede con otras condiciones humanas, sin que á nadie se le ocurra poner el grito en el cielo, ni sublevarse contra la diferencia.

—¿Cuáles son, cuáles son? Cite usted una siquiera.

—La salud, por ejemplo. ¿No está usted enfermo de la médula, hasta el punto de no poder andar, ni levantarse, ni acostarse, ni casi moverse más que encorvado y hecho como un ovillo, sin ayuda de su mujer ó de otro cualquiera?

—Desgraciadamente, sí señor.

—Pues bien; en cambio tiene usted por esos mundos personas que revientan de salud, capaces de matar un toro de un puñetazo. Y diga usted, ¿protesta nadie contra esta al parecer injusticia monstruosa y desigualdad manifiesta?

—¡Ta, ta, ta! El caso es muy distinto, porque esto de las enfermedades no tiene remedio, y lo de la pobreza sí que lo tiene; ¡vaya si lo tiene!

—Ya lo sé, como lo tienen también las enfermedades, hasta cierto punto, en la Medicina. La pobreza, que es una enfermedad económica, se cura principalmente practicando la caridad, y por medio de leyes benéficas, protectoras y justas.

---

(1) Deut., V, 21.

-No, señor; se cura radicalmente por medio del colectivismo. Prohíba usted en una nación, provincia ó pueblo que nadie posea propiedad suya; que la riqueza pública sea del Estado; que todos tengamos obligacion de trabajar, y á todos se nos dé lo mismo para nuestra manutención y recreo, y tiene usted resuelta la cuestión.

## VI

### Todos frailes.

La que más me asombra, amigo Crispín, en este asunto (dijo Juanito), es que después de declamar durante un siglo entero contra las manos muertas, contra las comunidades religiosas y contra los bienes del procomún de vecinos, y después de los desastrosos é inmorales ensayos hechos en Francia por medio de las asociaciones sansimonianas y los falansterios de Fourier, se descuelguen ustedes ahora queriendo convertir á cada nación, cada provincia y cada pueblo en un gran convento, con propiedad común, y la misma ración para todos, pero sin el espíritu religioso y de sacrificio, que es el alma y sustentáculo de estos santos asilos y casas de beneficencia y de piedad.

-Muy bien dicho, Juanito; pero hay más: Crispín se convencerá al punto de que con la propiedad colectiva no adelantamos un paso, pues al procurar por este medio el bienestar, de todos, ya que no la riqueza, se lograría únicamente la pobreza, tanto individual como colectiva, el malestar de todos y la miseria pública. Vamos por partes. ¿Cuál es el principal productor de la riqueza?

-El trabajo.

-¿Y el más eficaz estímulo del trabajo?

-El disfrute personal ó familiar de la riqueza que el trabajo nos produce,—contestó Juanito.

-¿Está usted conforme, amigo Crispín?

-Conforme, sí señor.

—Pues suponga usted ahora que pertenecemos á una comunidad, rica ó pobre, bien ó mal administrada, poderosa ó despreciable, para el caso es igual, que satisficiera oficialmente nuestras necesidades naturales con puntualidad mecánica y siempre de la misma manera; ¿tendría usted verdadero afán por el trabajo, por el perfeccionamiento de su peculiar industria ú oficio, por las invenciones progresivas, por el ahorro de primeras materias, por economizar instrumentos costosos, en una palabra, por aumentar por todos los medios imaginables, incluso el personal sacrificio, los caudales de la comunidad? ¿Le importaría á usted mucho todo esto?

—Sí, señor, como les importa á los frailes, á los jesuitas, por ejemplo, que la comunidad ó la compañía tenga que comer, y, si es posible, sea rica y no pobre.

—Pues se equivoca usted, porque los religiosos aspiran á la perfección evangélica, hacen votos perpétuos de castidad, obediencia y pobreza, y al trabajar en cumplimiento de los deberes que se han impuesto gozosos á sí mismos, implícitamente trabajan también por la comunidad y hasta, si usted quiere, como producen mucho y gastan poco, á la larga la enriquecen y la ponen en situación de repartir entre los pobres la riqueza colectiva; pero los mundanos, sin Dios y sin ley, con apetitos y pasiones desenfrenadas, hambrientos de goces terrenales, sin espíritu de subordinación ni de privaciones, trabajarían lo menos posible, gastarían cuanto cayese en sus manos, serían un peligro constante para el buen régimen y gobierno de la comunidad. Esto sin contar las dificultades y peligros procedentes de los administradores y gobernantes, que con las mismas pasiones y espíritu que los gobernados, procurarían el provecho individual, no el común, dando entre todos al traste con la riqueza de la comunidad, que se liquidaría poco á poco de la manera más vergonzosa y anti-económica.



—Veo, D. Vicente, que no va usted descaminado por completo.

—Y usted, Crispín, ha podido convencerse de que con la propiedad colectiva, lejos de nivelar la riqueza pública para que todos participen de ella equitativamente, se la mata, y destruye de un golpe.

—Es como, si para curar á un enfermo de grave dolencia (añadió Juanito), mandase el médico que le cortasen la cabeza.

—Exacto, y basta por hoy, que al bueno de Crispín le dolerá ya la cabeza con sermones tan insoportables.

—Al contrario, D. Vicente; usted sabe más que mis compañeros los predicadores anarquistas; y aunque no me convenza usted del todo, es lo cierto que se cicatriza poco á poco aquella llaga de mi corazón, que no manaba más que odio y venganza para los ricos y burgueses.

—¡Dios sea loado! Con que la semana que viene le traeremos, no una, dos camisas de color.

—Muchas gracias, señores, muchas gracias, y hasta la vista.

## VII

### A Dios rogando y con el mazo dando.

Con sorpresa y regocijo á la vez sintieron D. Vicente y Juanito cuando, al penetrar en el sotabanco del zapatero, se lo encontraron machacando y cosiendo.

—¡Hola, hola, Crispín, eso va que vuela! Dios aprieta pero no ahoga. ¿Con que trabajando ya, eh?

—Aquí me tienen ustedes haciendo de tripas corazón. ¿Y qué remedio, si de puro godridos mis zapatos, pedían á vez en cuello medias suelas?

—Pero, ¿ayudan las fuerzas?

—El martillo se me cae al suelo, pero lo recoge Manuela y machacamos entre los dos; pero... ¡cómo ha de ser!

—Calle, hombre, calle, que aún hemos de verle al frente de lujosa zapatería.

—No será con mis ahorros de zapatero remendón.

—¡Quién sabe! El trabajo y el ahorro combinados hacen prodigios.

—Lo que hacen es enriquecer á los burgueses holgazanes.

—También trabaja mucho la clase media, y no hay gente más desgraciada que los pobres de levita.

—Todo lo que no sea hacer callos en las manos á fuerza de arrimar el hombro... no es trabajar.

—De manera que, según usted, el ingeniero, el abogado, el médico, el sacerdote, etc., esos no trabajan.

—Esos lo que hacen es chuparse muy buenos doblones embaucando á la gente con la pluma ó con el pico. ¡A mí qué me han de contar ustedes!

—Pues, amigo mío, sin hombres de ciencia que trabajan de cabeza hasta volverse calvos, envejecer antes de tiempo y morir jóvenes á fuerza de discurrir, ni habría artes, ni oficios, ni artefactos, ni industrias, ni máquinas, ni instrumentos, ni agricultura, ni comercio, ni justicia, ni moral, ni Religión, ni nada.

—Ríase usted de todas esas pamplinas: lo cierto es que mientras nosotros sudamos pez, ellos se hacen ricos.

—También el trabajo manual produce á veces capitales crecidos.

—Miseria y compañía es lo que produce, D. Vicente. Yo soy viejo, y no he visto á un solo obrero convertirse en propietario.

—¿No? Pues oigan ustedes una historieta, que prueba lo contrario, y que no es cuento, pues yo mismo conocí á ese proletario que trabajando de firme en el campo, que es el menos productivo de todos los trabajos, se convirtió en burgués.

Sacó D. Vicente del bolsillo de su gabán un librito titulado *Páginas Edificantes*, é hizo que Juanito leyese

el siguientes artículo, que los zapateros escuchaban encantados religiosamente:

«Á FUERZA DE TRABAJO

»Los que no comprenden que el hombre pueda ser feliz más que rodeado de riquezas, placeres, comodidades y diversiones en los grandes centros de población, que tengan paciencia de leer lo que sigue:

»Salí ayer tarde con el señor Cuara párroco de mi lugar, y casi sin advertirlo tomamos la orilla izquierda del río, que torciendo el paso entre juncias y sargaes atravesaba este vallejo.

—¿Vamos á la masada del tío Lorenzo?—me preguntó.

—¿Cuanto dista?

—¿Una hora escasa.

—Vamos allá,—contesté.

»Siempre río abajo y á paso regular, llegamos pronto al fin del valle. Las dos cadenas de montañas que lo componen aproxímanse gradualmente y estrechan tanto el cauce del río, formando un barranco profundo, que no parece sino que intentan besarse por encima de las cristalinas ondas. Las rocas de uno y otro lado están como cortadas á pico, y en sus riscos, quiebras y mesetas crecen arbustos y hierbas aromáticas de todas clases. Tosco azud de ramas, y piedras que el río cruza, surte de agua á dos acecuelas, abiertas en la misma roca, que corren por uno y otro lado del barranco, llenándolo todo de murmurios y frescura. Pasado aquel estrecho, vuelven á separarse poco á poco las montañas, y en forma de zizás componen un angosto y largo valle, pequeño oasis en aquel desierto de áridas y escarpadas rocas. El río corre por el centro, perfectamente encajonado entre álamos y sargas. Angostos huertecillos sembrados de judías y patatas, y sombreados por nogales, ciruelos y acerolos, se extienden en ambas orillas, como descendien-



do de aquellos montes. ¿Quién no recuerda al verlos tan repetidos como hermosos versos de Fr. Luis de León?

Del monte en la ladera

¡Por mi mano plantado tengo un huerto,

Que con la primavera,

De bella flor cubierte,

Ya muestra en esperanza el fruto cierto».

»Saltó una liebre de entre unas matas próximas y echó á correr por los montes de la izquierda, mientras el ruidoso aleteo de una perdiz nos hizo volver la cabeza al lado opuesto.

—»Lo que sucede siempre (dijo el señor Cura); al cazador leña y al leñador caza.

—»Prosiguiendo nuestro paseo, en la parte más ancha del vallejo, vimos sobre el río un puente rústico, y enfrente, hacia la izquierda y al abrigo de la montaña, una casa de labor, baja de techo y bastante fea, pero con todas las dependencias necesarias para la vida y el cultivo, tales como corral, paridera, pajar, era, horno y establos.

»Las esquilas del ganado se oían en las laderas próximas, las cabras hacían prodigios de agilidad y de equilibrio en los despeñaderos de enfrente; las palomas y gallinas buscaban insectos y semillas, picoteaban tranquilamente la hierba en las inmediaciones de la casa, y dos regulares hacinas de dorada mies ocupaban la era.

»Estamos en la masada del tío Lorenzo. Al ruido de nuestros pasos presentáronse en la puerta de la casa una mujer y un perro. Este nos recibió gruñendo y ladrando: aquella se deshizo en sonrisas y saludos, sacando inmediatamente dos sillas de esparto para que nos sentásemos en la explanada de la puerta á la sombra de copudo nogal, cargado de nueces gordas y verdes. Al notar la actitud pacífica y amistosa de su dueña, cesó el perro de ladrar dió unas cuantas vueltas en torno nuestro hus-

meando la ropa y moviendo la cola, y concluyó por marcharse á la era, en donde se enroscó sobre la paja.

—> Buenas tardes, tía Anacleta.

—> Las tengan ustedes muy buenas. Vaya, vaya, ¿quién había de esperar á sus mercedes por aquí?

—> Insensiblemente hemos venido paseando.

> Nos sentamos.

—> ¿Tienes agua fresca?—preguntó el señor Cura á la masadera, limpiándose entretanto el sudor con descomunal pañuelo de algodón á cuadros.

☞—> Sí, señor; pero les haría á ustedes mal, que vienen acalorados.

Entró en la masada, tomó una limpia jarra de loza, volvió á salir y se puso á gritar:

—> ¡Tíquía, tíquiaa, tíquiaaa...! Toma, cerrinegra, toma.

> Una hermosa cabra blanca con manchas negras bajó en seguida brincando, y se acercó á su ama. Esta la ordeñó con limpieza y habilidad, y nos entregó la jarra. Bebimos la mitad de la leche cada uno; se sentó la tía Anacleta en el suelo sobre sus talones, y entablamos la conversación que sigue:

—> Bien están ustedes aquí, tía Anacleta (dije yo). Esto es tranquilo y hermoso.

—> Muy bien, sí, señor: continuamente estoy dando gracias á Dios porque me ha favorecido más de lo que merezco. Mi Lorenzo, que en paz descansa, era un marido de lo que no hay, tan trapajador, tan buenazo.... Pues ¿y mis hijos? Tengo cuatro, tres mozas y un mozo, y, que lo diga el señor Cura, los cuatro son más buenos que el pan y á cual mejor. Ellos no tienen más delirio, ni piensan en otra cosa, más que en dar gusto á su madre. ¡El Señor me los conserve!

—> Satisfecha puedes estar, que el día que os casásteis tenías lo que yo ahora en la mano.

—> Verdad es, señor Cura; pero en cuanto nos bajamos á vivir aquí, parece que el Señor nos echó la ben-

dición con la mano derecha. Le dieron á mi Lorenzo, que en gloria esté, unos cuarenta duros de la casucha que heredó y vendió en el pueblo. Con tales dineros compramos estos huertecillos, que entonces eran unos cantarrales abandonados; hicimos una barraca para vivir, y empezamos á trabajar como unos negros. *A fuerza de trabajo*, mi Lorenzo, que Dios haya, picó en la peña viva esas dos acequías, con las cuales regamos ahora lo que siempre ha sido seco; *á fuerza de trabajo* enderezó y encauzo el río, que antes se metía en todos estos campos como Pedro por su casa, destruyendo en pocas horas las labores de años enteros; *á fuerza de trabajo* convirtió en vega los secanos y plantó los árboles que ven Vds.; *á fuerza de trabajo* roturó quien sabe las tierras de pan llevar por esos cerros; *á fuerza de trabajo* hizo el puente, la casa, el corral, la paridera, el horno, las cuadras, el pajar, la era, y..... ¡qué sé yo! Con decirles á Vds. que aquí no se paraba más que los domingos y fiestas de guardar, está dicho todo. Al romper el día ya estábamos trabajando, y muchas veces se nos echaba encima la noche sin haber suspendido la faena más que para comer.

—>Y las bestias, ¿cómo las comprásteis?

—>Señor Cura, los animalicos, á fuerza de honradez y de ahorros. Como gracias á Dios, ni mi marido ni mis hijos han tenido nunca vicios, una vez comidos y vestidos, ya estaba el gasto hecho.

—>¡Es admirable! ¿Tampoco iban á la taberna del lugar?

—>¡Jesús! ¡pobrecitos míos! Mi difunto ni bebía, ni fumaba, y mi hijo es un vivo retrato de su padre. Al lugar no subimos más que para ir á Misa, á Vísperas y al Rosario.

—>Es mucha verdad: nunca faltan.

—>¿Y todo esto es de Vds., tía Anacleta?

—>Y de Vds. también, sí, señor. Tengo además unas cien cabezas de ganado lanar, cincuenta cabras, un par de mulas de labor, una vaca, dos cerdos y una burra.



—> En resumen (dije yo), empezaron ustedes con cuarenta duros. ¿Cuánto calcula usted que vale la masada con todas sus dependencias, inmuebles, semovientes y aperos?

—> A punto fijo no lo sé (contestó la masadera); pero yo no la daría por 5.000 duros

—¿Y la felicidad que aquí disfrutaban ustedes?

—> Esa no tiene precio, señor, y solo puede cambiarse por la gloria, que esperamos nos conceda la misericordia divina.

Más efecto hizo en el matrimonio zapateril el anterior relato que los argumentos teóricos; porque para el pueblo y para los positivistas modernos, un hecho vale por cien dichos. D. Vicente y Juanito se levantaron para marcharse; hizo lo mismo la zapatera; salió con ellos al corredor, y en voz baja, y como temerosa de que la oyese su marido, les dijo:

—¡Ay, D. Vicente de mi alma! Si me dejara usted ese libro para que lo leyera mi hombre... ¡cuánto se lo agradecería á usted! Porque esos papeluchos que no se caen de las manos me le vuelven los sesos agua, y el pobrecico mío, si Dios no los envía á ustedes, por lo que toca á la presente lo tendríamos ya loco *rematao*.

—No solamente se lo dejo á usted, Manuela, sino que se lo regalo. De cuenta de usted corre que lo lea todos los días un rato.

—Leerá, sí, señores, leerá, y Dios les pague la limosna, porque esto vale más que el pan y el arroz de los bonos.

Y es que no solamente de pan vive el hombre, y el pobre pueblo tiene hambre de verdadera doctrina.

## VIII

### ¡A sangre y fuego!

Vamos, Crispín; ya estamos aquí.

—Bien venidos.

—Con la lengua dice usted *bien venidos*, pero con los ojos...

—Perdonen ustedes, pero no puedo remediarlo: la vista de un burgués me saca de mis casillas.

—¿Y qué mal les hemos hecho á ustedes nosotros?

—Ustedes ninguno (contestó Manuela); pero los ricos y burgueses le revuelven el cuerpo á mi marido.

—Pero Crispín, ¡por Dios y por los clavos de Cristo!, piense usted que todos somos hermanos.

—No se canse usted, D. Vicente, que hoy no está el horno para bollos,—añadió Manuela.

—Pero, ¿qué pasa?

—Que como es tan *aventurao* ese mi hombre, se ha pues-to hecho una furia leyendo unos versos en ese papelote.

—Hecho una furia no; pero una fiera de entusiasmo, sí; lo que siento es que ya no hay en este puño brío para manejarle.

—Pero, ¿qué quiere usted manejar, amigo Crispín?

—¿Qué? (contestó el zapatero echando chispas por los ojos y encendido como una amapola). ¡El puñal, don Vicente, el puñal!

—¡Ave María Purísima!

—Sí, señor; me ha entusiasmado un himno al puñal que acabo de leer. Oigan ustedes algunos versos.

—Y con tono melodramático, voz cavernosa y ha-ciendo gestos declamó lo siguiente:

«No me tachéis de insensato  
ni me juzguéis criminal,  
si en mi férvido arrebató  
entono un himno al Puñal.

«Yo no canto ni dichas, ni flores,  
ni dulces amores,  
ni bello ideal.

Yo canto á ese arma, seno de rencores,  
madrasta del odio, cuyos resplandores  
engendran el miedo. ¡Yo canto al Puñal!»

—Parece mentira que se impriman tales esperpentos de fondo y forma.

—Oiga usted lo que añade para el caso de revolución social:

«Entonces el puñal hace su oficio noble y egregio, pues redime y salva.

¿No le ves levantarse soberano en el noventa y tres, gloria de Francia, sobre alevosos pechos, y cortarles el hilo de la vida en la garganta, mientras con rostro lívido contempla sus radiantes reflejos el monarca, queriendo sugetar en su cabeza la corona real que se le escapa?»

«¡Salve, puñal! Si todos te denigran, yo te dedico cantos de alabanza.

»¡Salve, nuncio de muerte! ¡Yo te adoro, enano audaz, que abortas la hemorragia!»

—Pero ¿de quién es tanto desatino moral y antipoético?

—De *Las Dominicales*.

—Debí haberlo adivinado, y siento que hombres en el fondo honrados, como usted, se traguen esas ruedas de molino.

—No, señor; los burgueses y los ricos son todos unos bribones, dignos de que se les cosa á puñaladas.

—Pues, amigo mío, ya puede usted comenzar por nosotros, porque también somos burgueses. ?

—¡Ustedes qué han de ser burgueses! No conozco ninguno que haya tenido corazón, ni sombra siquiera de caridad.

—Entonces, ¿qué somos nosotros?

—Unos pedazos de hombres de bien, que saben compadecerse del pobre y suben junto á las nubes para socorrerle.

Tiene razón mi Crispín (dijo Manuela, llorando). Si no fuera por ustedes, éste estaría en el hospital, y yo hecha un pingajo y pidiendo limosna por esas calles.



—Vamos, vamos, no hay que sacar las cosas de juicio exagerándolas; nosotros, visitando y socorriendo al pobre, lisa y llanamente, cumplimos con nuestro deber, como otros mil ricos y burgueses; y tampoco tienen ustedes toda la culpa del estado de su ánimo. Estos odios africanos que á los socialistas y anarquistas inspiran los ricos y burgueses; esta guerra sin cuartel entre el capital y el trabajo: ese fanático espíritu de sangre y de destrucción que se ha apoderado de las muchedumbres sin Dios, sin ley y sin amo, la cuestión social, obrera ó como se la quiera llamar, en una palabra, es hija de múltiples causas filosóficas, históricas, religiosas, morales, sociales, económicas y hasta políticas de difícil determinación.

—Sí, señor: entre todos la mataron y ella sola se murió; pero, ¿qué culpa tenemos nosotros?

—Ciertamente, el asunto es complicadísimo y se presta á largos estudios; pero, repito, que no tienen los trabajadores, los obreros y los pobres, la culpa de todo lo que pasa. La pugna entre esas pobres gentes, á quienes todo les falta, y esos ricos opulentos, á quienes les sobra todo, es tan antigua como el mundo, y lógicamente inocular el veneno de la envidia y hasta el odio en el corazón de los desheredados de la fortuna, que no tienen creencias religiosas. Las luchas ó guerras del proletario y los ricos han estallado en diferentes épocas históricas, en virtud de causas locales que no son del momento.

## IX

**Todos en él pusisteis vuestras manos.**

—Pero déjese usted de historias viejas, D. Vicente, y vamos al presente caso: ¿quién tiene la culpa de lo que pasa?

—Todos, amigo Crispín, todos menos la Iglesia, que

está siempre en la brecha enseñando á los pueblos doctrinas de salvación, y marcando á pobres y ricos el remedio; pero como las naciones han vuelto las espaldas á Cristo, y la Economía política no tiene medicinas para estos males...

-Aquí ya estamos todos hartos de doctrinas y de remedios económicos: pan y pesetas es lo que hace falta.

-Se equivoca usted, amigo Crispín: si los pueblos, las familias y los individuos buscasen, ante todo y sobre todo, el reino de Dios y su justicia, lo demás, es decir, el pan y las pesetas vendrán de suyo, es decir, nos lo daría Dios por añadidura.

-Ustedes siempre están con Dios á cuento, y la verdad es que Dios no se mete en tales honduras.

-¡Cuán equivocado vive usted, pobre Crispín! Ni una sola hoja se mueve en los árboles sin permiso de la Providencia divina, la cual tiene en sus manos poderosas las riendas, lo mismo del mundo físico que del económico.

-Pero, venga usted acá, D. Vicente: ¿qué tiene que ver Dios con la cuestión obrera?

-Tanto, Crispín, que si Dios reinase en los corazones, no habría tal cuestión obrera. Los verdaderos causantes del antagonismo social que todos lamentamos, son los enemigos de Cristo y de su Iglesia Santa, sea el que sea su color y su nombre. Descristianizar á los pueblos, es volver á la esclavitud pagana; y como hoy no cabe la esclavitud personal, hemos inventado la esclavitud del trabajo y de la miseria, material y moral, que es la peor de las esclavitudes. Al menos, el amo pagano, por fuerza tenía que mantener á sus esclavos.

-Firme, D. Vicente, firme: eso me gusta.

-Pues desengáñese usted, Crispín; por una parte se ha arrancado á Dios del corazón de las muchedumbres, y con él la resignación cristiana, la paciencia, la moderación, la obediencia, y, sobre todo, la esperanza de otra vida mejor, y, naturalmente, los desheredados en el cie-

lo quieren poseer herencias pingües en la tierra, concentran sus aspiraciones en la vida presente y reclaman con imperio, como dicen ustedes, un cubierto en el banquete de la vida.

—Y hacen perfectamente, sí, señor; ¡no faltaba más!

—Por otra parte, la tan generalizada afición á todos los goces carnales, la propaganda pornográfica, disolvente y antisocial que, por medio de la prensa se viene haciendo con intención y tenacidad dignas de mejor causa entre los obreros y menesterosos...

—Esa, esa, D. Vicente, es la principal; en Barcelona me perdí yo á fuerza de leer y más leer papeles de esos.

—También las crisis económicas, que sin ellos merecerlo, colocan con demasiada frecuencia á la mayor parte de los trabajadores «en una condición desgraciada y calamitosa. Pues destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores».

—Ahí, ahí duele, amigo D. Vicente.

—Pues, Crispín, eso no lo digo yo, sino el Romano Pontífice en su estupenda Encíclica *Rerum novarum*, sobre la condición de los obreros, y añade:

«A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos, han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco de los esclavos».



—¿Qué le parece á usted, amigo Crispín?

—Muy bien, muy bien. El odio que yo he sentido siempre contra todos los Curas, Papas, lo mismo que sacristanes se va marehando. ¿Me dejaría usted esa Encíclica ó como se llame, para que la lea yo despacio?

—Hombre, sí, con mucho gusto; precisamente aquí la llevo.

—Y diga usted, ¿no propone el Papa ningún remedio á tanto mal?

## X

### La tabla de salvación.

Vaya si lo propone! Primeramente rechaza los propuestos por los socialistas, porque, no solamente son contra naturaleza y justicia, sino también contra la conveniencia misma de los pobres y trabajadores, y demuestra después que la única solución de tan pavoroso problema está en las «enseñanzas de la Religión, de que es intérprete y depositaria la Iglesia»; porque sólo estas doctrinas llevadas á la práctica pueden componer entre sí á los ricos y á los proletarios, enseñando á unos y á otros sus mútuos deberes, y en especial los que dimanar de la justicia.

—Lo que es á los ricos debe pegarles unos zurriagazos...

—También hay para los pobres, Crispín. Leamos primero le que á usted más interesa: «De estos deberes, los que tocan al proletario y obrero, son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital, ni hacer violencia personal á sus amos; al defender sus propios derechos, abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones, ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, á que

sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas».

—Conformes; pero vengan los latigazos á los señores.

—Lee tú, Juanito, que yo me canso; aquí están:

«A los ricos y á los amos toca: que no deben tener á los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y la nobleza que á esa persona añade lo que se llama carácter de cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre, ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Que lo que verdaderamente es vergonzoso é inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo que dan de sí sus músculos y sus fuerzas».

—¡Eso, eso! Cualquiera cosa daría yo por que oyeran esto mis compañeros de federación.

—«Asimismo, no imponerle más trabajo del que sus fuerzas pueden soportar, ni tal clase de trabajo que no lo sufran su sexo y edad. Pero entre los principales deberes de los amos, el principal es dar á cada uno lo que es justo. Sabido es que para fijar conforme á justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración; pero, en general, deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio á los indigentes y menesterosos, y de la pobreza agena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano. Y el defraudar á uno del salario que se le debe, es un gran crimen que clama al cielo por venganza.

«Finalmente, con extremo cuidado deben guardarse los amos en perjudicar en lo más mínimo á los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaño, ni con los artificios de la usura; y esto aún con mayor razón, porque no están ellos suficientemente protegidos

Contra quien les quite sus derechos ó los incapacite para trabajar, y porque sus haberes, cuanto más pequeños son, tanto deben ser más respetados.»

—¡Jesús, qué pico de oro!—exclamó la zapatera.

—A unos y otros recomienda el Papa (añadió D. Vicente) que ponga la mira, no en los bienes caducos y miserables de la tierra, sino en los eternos y gloriosos del cielo, para que nunca se agote en el rico la fuente de la caridad misericordiosa, y no se avergüence el trabajador de imitar al *Artesano hijo de María*, que *se hizo pobre siendo rico* (1), y este es el amoroso lazo de unión que puede establecerse entre los hombres. Tome usted, pues, esta Encíclica, amigo Crispín, léala despacio, y ya le enviaré un centenar más para que las reparta entre sus amigachos, y hasta la semana que viene.

---

(1) II Corinth., VIII, 9.



contra quien las quise en darme a la independencia para  
 tabajar y porque me dió un campo más amplio  
 son, tanto deben ser mis deberes. —  
 — ¡Usted, que poco de eso — era más la separar.  
 — A mí y otros recomendar a Foz (Luz) D. VI-  
 (esto) después la historia es la historia de los y así  
 establecida la tierra, sino en la historia y en la de  
 ojalá, para que nunca se pierda en el tiempo la historia  
 ojalá mis condiciones, y los programas de trabajo  
 por de limitar al momento de la historia que se hizo por  
 el día (1) y de la historia de los que me dio  
 para establecer entre los hombres. —  
 esta función, amigo Ojalá, Jesús, y por la  
 vió un centro más para que las cosas con  
 amigos y hasta la semana que viene.

EL ANTIQUARIO

1850

1851

1852

1853

1854







